

IGUALDAD Y DIFERENCIA. Una reflexión sobre la sumisión en la mujer.

María Jesús Soriano Soriano

Quiero hablaros sobre el sentimiento de sumisión y mi propósito es aproximarlos un poco a todas, ya que todas estamos implicadas en ello, en más o en menos cantidad. Había pensando titular mi ponencia, “la sumisión nuestra de cada día”. Intentaré poner mi voz a un sentimiento que en realidad está callado, oculto. Para ello, os hablaré de mí y de otras voces, la de mis compañeras, amigas, y también de mis pacientes, quienes con sus voces me han ayudado a entender un poco más la complejidad de la sumisión.

Soy Psicóloga, y trabajo como psicoterapeuta individual y grupal. En la actualidad llevo: a) grupos de psicoterapia para mujeres b) grupos de reflexión c) grupos de psicoterapia para mujeres que sufren violencia. (1) La tarea de estos grupos la definiría como espacios para facilitar la búsqueda de nuestra identidad a partir de nosotras mismas. Cada mujer hace de espejo de la otra, en el que se refleja las similitudes y las diferencias. Los grupos de reflexión, son grupos operativos centrados en una tarea. Reflexionamos desde un partir de sí, sobre temas cotidianos y concretos. Estos grupos de reflexión de mujeres surgen como una necesidad de encontrar un espacio para pensar acerca de aspectos relacionados con la mujer, pero no con la mujer en abstracto sino a partir del hecho concreto de ser mujer, con determinadas actividades y en un medio social determinado. (2)

La mayoría de mis pacientes son mujeres y dudo que sea porque éstas tengan más problemas mentales y emocionales que los hombres, sino que al ubicarse en un exterior en el que no estamos representadas y en el que para existir tenemos que ser iguales, adaptarnos y subordinarnos a los-as conduce a enfermar física y mentalmente. Nuestro mundo interno tendría que representarse en el mundo externo y a la inversa. La riqueza, la variedad, la diversidad y la diferencia de lo que sentimos tendrían que quedar reflejadas en el exterior.

Desde esta perspectiva, Virginia Woolf escribía en 1929: “Es obvio que los valores de las mujeres defieren muy a menudo de los valores que han sido creados por el otro sexo, pero son los valores masculinos los que prevalecen”.

A través de la reflexión sobre la sumisión que expondré a continuación no quiero colocarme en la queja, aún cuando es una fase necesaria, sino en la reflexión. Quiero nombrar lo que me duele, para así poner remedio. Es un principio básico en psicoterapia, ya que no puedo solucionar aquello que no puedo nombrar.

Mi objetivo es poner voz, mi propia voz a lo que el tema de la sumisión me ha sugerido. Y hacerlo desde la relación conmigo misma y con las demás mujeres. Hablo desde mi diferencia sexual – mujer – desde mi construcción social de género, femenino, como psicóloga con formación psicoanálisis y desde mi

ideología feminista. También lo hago como amiga, como compañera, colaboradora y como psicoterapeuta.

Elaborar esta ponencia me ha colocado en un profundo malestar. Revisar mi propio sentimiento de sumisión, cómo me manejo al dejar de ser lo que se supone que tengo que ser, lo que tengo que hacer y lo que se supone que esperan de mí. Siento que deseo ser aceptada, querida, entendida, comprendida y paralelamente surgen sentimientos de miedo ante mi deseo de reconocimiento. Temo la hostilidad del otro-a al estar expresando esa diferencia de ser, pensar, sentir, razonar. Me surgen miedos de sufrir emocionalmente abandono, rechazo, aislamiento o exclusión y necesito sentir reconocimiento emocional de mi existencia y de mi subjetividad.

Quisiera hacer constar que la sumisión forma parte del aprendizaje y de mi socialización. Hablo como mujer y hablo desde mi propia experiencia y desde aquí intento desaprender. También hablaré como profesional, y desde aquí intentaré pensar en los indicadores para deconstrucción de los componentes de una violencia silenciada: la sumisión.

La diferencia es algo a significar, pero espanta. No hemos sido educadas para sentirnos diferentes, aceptando nuestra diferencia y sentirnos aceptadas, queridas y reconocidas. Yo quiero ser diferente, expresar mi diferencia, pero me da miedo el no ser ni aceptada, ni reconocida en mi diferencia. Tengo miedo a ser rechazada y causa de este miedo tenderé a adaptarme a los demás para así sentirme que formo parte, lo que me hará querer ser igual a los-las demás.

Para entender un poco más el origen de esta sumisión, os hablaré de una mujer joven que pidió entrevista para poder incorporarse al grupo de psicoterapia para mujeres. El motivo de su demanda no estaba muy claro, quería perder la timidez, se sentía muy inhibida y temía caer en una fuerte depresión. En una sesión me explicaba que su madre le ataba las manos a la cama cuando ella tendría entre cinco-diez años. Estas vivencias cuando empezaron y cuando terminaron no lo recordaba muy bien. Tampoco pudimos profundizar más ya que ello hubiera implicado sentir y experimentar el odio, la rabia, la impotencia, la injusticia hacia alguien que la hirió pero alguien que por otra parte ella quería. Ante esta situación su forma de sobrevivir, fue adaptarse en exclusiva al cuidado de su madre, pero cuanto más la cuidaba y la atendía ahogaba su hostilidad contra ella y más inhibida ella estaba. Al verbalizar estos sentimientos experimentaba mucha culpabilidad al sentir que estaba hablando mal de su madre. Esta culpabilidad la estaba imposibilitando sentir el miedo, la rabia, el dolor y también poder elaborar el duelo por lo vivido y reencontrarse a sí misma, separándose y diferenciándose de su madre.

Del origen de este sometimiento nos habla Alice Miller, en su libro "Por tu propio bien". A través de los diferentes capítulos nos habla de cómo las necesidades infantiles, se pueden ver totalmente inhibidas, relegadas, aplastadas y rechazadas por la imposición de las necesidades del adulto, sin que ese niño-a, puede hacer

nada para defender sus propias necesidades, viéndose obligado-a, a tener que adaptarse, someterse a las del adulto.

“En los primeros dos años se pueden hacer infinidad de cosas con un niño- doblegarlo, disponer de él, enseñarle buenos hábitos, propinarle palizas y castigarlo- sin que el educador le ocurra nada, sin que el niño se vengue. Este sólo superará las graves consecuencias de la injusticia infligida a su persona si le permiten defenderse, es decir, articular su rabia y su dolor. Pero si no consigue reaccionar a su manera, porque los padres no pueden soportar sus reacciones (los gritos, la tristeza, la rabia) y se las prohíben mediante miradas y otras medidas formativas, el niño aprenderá a enmudecer. Su mutismo garantiza, es verdad, la efectividad de los principios pedagógicos aplicados, pero oculta al mismo tiempo el foco peligroso que amenaza el desarrollo posterior. Si se elimina cualquier posibilidad de reaccionar adecuadamente ante las ofensas, humillaciones y violaciones sufridas, estas experiencias no podrán ser integradas luego en la personalidad, los sentimientos permanecerán suprimidos y la necesidad de articularlos quedará insatisfecha, sin esperanza alguna en este sentido. El origen de las neurosis no se halla en los hechos reales, sino en la necesidad de reprimirlos.”

Si la paciente que os refería con anterioridad, hubiese podido sentir que pasaba, que sentía, porque le ataba su madre las manos, etc., habría podido sacar la rabia, el dolor, la impotencia por la crueldad sufrida y no entendida. En cambio al no poder reconstruir su pasado, hablar de ello, paraliza su crecimiento como adulta.

Me hubiese sido más cómodo pensar, reflexionar sobre como viven la sumisión mis pacientes. Pero con ello daría por ocultado cómo se produce el sometimiento de sumisión ante otros grupos de mujeres con los que me relaciono. Como: grupos de investigación, de profesionales, de amigas, de compañeras. ¿Cómo son estas relaciones?

Para entrar en ello, quiero compartir con vosotras una experiencia que viví hace años. La traigo como reflexión para pensar sobre las dificultades de esos encuentros ante posiciones, ideas diferentes y lo difícil que es mediar ante opuestos, quienes tienen una parte de razón y ninguno la totalidad.

Empecé en el feminismo con veinte años. Tengo cuarenta y cuatro años. Formaba parte de un grupo del feminismo radical. Una de las consignas era que el hombre era nuestro enemigo de clase. Yo escuchaba. No entendía. Procedía de otra estructura política en donde el enemigo de clase era el capitalismo burgués y me era más fácil reconocermelo en esa posición que en la otra. Algunos de los hombres con lo que me relacionaba, quería y compartía relaciones afectivas, emocionales y sexuales, eran hombres y me resultaba difícil experimentar odio ideológico hacia ellos. En las reuniones de este grupo había diferencias de opiniones, estrategias, etc. Era un grupo creativo de mujeres como suelen ser cuando han estado mucho tiempo sin voz, sin palabras para poder hablar desde sí sobre lo que se piensa o

se siente. Una de las reuniones se había convocado en casa de unas de las componentes para poder reflexionar sobre la crisis que se estaba viviendo y los conflictos que se estaban planteando. Había mucha tensión. De repente la propietaria de la casa, se levantó y en tono que no llevaba a dudas, nos exhortó que las que estuvieran en desacuerdo con las líneas planteadas, que se fueran. Estaba enfada, cabreada. Tenía el poder y no solamente el de ser la propietaria de la casa, sino que ejercía una función claramente jerárquica de dominación y de poder. En realidad lo que planteaba es "O estás conmigo o estás contra mí" y las que estábamos en desacuerdo con ellas, nos fuimos. ¿Cómo nos sentimos? Se silenciaron, se ocultaron y se negaron. Lo que se debía creer era que los malos, los enemigos eran los hombres.

En este caso el conflicto que nos conduce a la sumisión es la ideología. En efecto las ideologías son referentes que nos pueden acercar o nos alejan de nuestras propias ideas, sentimientos o emociones. Podemos idealizar y alejarnos de nuestros propios sentimientos y de nuestra propia realidad. Al idealizar podemos caer en planteamientos rígidos, estereotipados y dogmáticos, que nos colocan en la misma tesitura que la que intentamos cuestionar. Es otra forma de sumisión.

Cuando empecé a estudiar el tema de la violencia, lo hice como si eso no tuviera que ver conmigo. Mis pacientes me explicaban situaciones muy dramática, muy dolorosas. Y los medios de comunicación también hablaban de casos horribles. Sin embargo cuando empecé a profundizar, cada vez me sentía más incomoda ya que estaba sintiendo que nada de lo que me decían las pacientes o de lo que estaba leyendo me era ajeno. Me di cuenta que había estado y estaba colocada en muchas situaciones en las que yo también me había sentido humillada, desvalorizada y que para sobrevivir había adoptado o adoptaba posturas de sumisión. Eran situaciones en las que volvía a experimentar lo de "*si no estás conmigo, estás contra mí*". Situaciones en la que la dominación, el ansia de poder, la voracidad eran componentes que se estaban dando y se daban en las relaciones. Cuando percibo amenazas, me callo. Y me di cuenta que cuando temo ser excluida, desvalorizada o aislada me callo. Y lo más alarmante es que callo de forma inconsciente. Conscientemente conecto con un malestar, depresión, ansiedad. Pero no puedo enfrentarme porque no sé hacerlo. Me siento atacada, amenazada, herida y no sé muchas veces por qué. Quiero agradar, caer bien, ser escuchada, discutir los desacuerdos abiertamente, etc. Necesito que se me reconozca en las relaciones desde mi diferencia como creo que intento reconocer a las otras mujeres que son diferentes a mí.

Jessica Benjamín, señala que una perspectiva más profunda de esta cuestión es particularmente importante para el pensamiento feminista de hoy, por que una tendencia principal del feminismo ha construido el problema de la dominación como el drama de la vulnerabilidad femenina victimizada por la agresión masculina. Asusta profundizar ante el análisis de la sumisión. Esta autora señala que esto ha sido una debilidad de la política radical: idealizar a los oprimidos, como si la política y la cultura de éstos nunca hubieran sido alcanzados por el sistema de dominación, como si las personas no participaran en su propia

sumisión. Simplificar el tema, reproduce la estructura de la polaridad de los géneros, bajo la apariencia de atacarla.

Otro caso que os quería presentar se refiere a una mujer que se incorporó al grupo de psicoterapia cuando ya estaba constituido. Se trata de una mujer de cuarenta años. Casa propia. Profesionalmente bien situada. Buena situación económica. Buena presencia física. Cuando llamó al centro para participar en el grupo, preguntó por la existencia de un grupo de mujeres que fueran “ un poco maltratadas”. Ella misma en el grupo expresaba que no sabía que hacía en el grupo ante las relaciones de pareja tan dolorosas que explicaban las otras mujeres. Al oír las vivencias de algunas mujeres, se ponía a llorar amargamente. Decía llorar por ellas, pero en realidad lo que sucedía es que la conectaban con sus situaciones de violencia. Lloraba al sentir pena por el hombre que había dejado y eso le hacía sentirse impotente. Un hombre que igual la hacía sentir la mujer más maravillosa, más importante del mundo, como a la vez la mujer más poca cosa de la humanidad. Un hombre que la humillaba, de la misma forma que la desvalorizaba y que le había dado alguna bofetada. Pero después le pedía perdón y se mostraba arrepentido. Al contarlo lloraba desconsoladamente. No quería verle. Temía volver con él. Actualmente él la persigue, la controla. Ella se siente culpable. No entiende porque la trata así. Para ella no es posible que lo haga con alevosía, es decir, sabiendo conscientemente lo que le está haciendo. Las otras mujeres del grupo, le dicen que todavía le quiere. Ella dice que él le dice que la quiere. No entiende. Si le dice que la quiere, ¿por qué le hace todo lo que le está haciendo?.

Sufre más en estos momentos que otras mujeres que han pasado vivencias más dramáticas, que han sido maltratadas físicamente. Niega emocionalmente el hecho de que alguien que ella quiere, que supuestamente él la quiere, le haga sentir el horror en el cual está instalada. Que alguien que la necesita, la trate tan mal. Y les formulo la pregunta a ellas y que yo también me planteo en otras ocasiones. ¿Por qué estamos donde estamos?. ¿Qué hay de nosotras para colocarnos en esas situaciones? ¿Qué hay del otro y que hay de mí?

Las mujeres del grupo de psicoterapia centrado en el tema de la violencia, hablan de un inicio de relación de pareja ideal. La idealización es un mecanismo de defensa que hace que no podamos discriminar entre lo bueno y lo malo, negando y escindiendo por tanto la realidad, tanto la interna como la externa.

Coinciden todas en un punto al describir sus inicios en la relación de pareja: El enamoramiento como un estado perpetuo y fijo. Hablan de la idealización del otro, de la entrega total al otro y en consecuencia de la pérdida de sí mismas. Es como, sin darse cuenta pretendieran materializar la fantasía social de la idealización de la pareja, donde se llega a la perfección cuando dos partes se transformarían en una unidad total. Vivir la vida a través del otro, satisfaciendo todas las necesidades del otro, fusionándose con el otro. Renunciado a sí mismas. Ser la sombra del otro. Este tipo de relaciones las enferma mentalmente. Por ello cuando la fusión las está destruyendo, enfermado e intentan poco a poco

diferenciarse, separarse, es cuando se genera un enfrentamiento y la violencia es explícita. Se evidencia la posesión de uno que no quiere desprenderse y el vacío de la otra persona a la que le cuesta enfrentarse a sí misma, recuperarse y ser ella misma.

La idealización del otro o la otra, a quienes veo como me gustaría que fueran o la idealización de un grupo social, que creo que actúa como me gustaría que lo hiciera, tiene mucho que ver con la sumisión. Negaré lo que no me gusta y actuaré como si no existiera. Ambas situaciones me llevarán a situaciones de indefensión y desprotección.

En el grupo de psicoterapia para mujeres que sufren violencia, siguen esforzándose en entender porque sus parejas son como son y en lo malos que son. Esta fase es necesaria. Expresar la rabia, el enfado es necesario pero sin olvidar que se ha estado formando parte de esta relación. Ellas están en el grupo para entender, cambiar y mejorar sus vidas. Para ello tendrán que entender que les ha pasado, que tiene que ver con ellas y con ellos; que tiene que ver con la forma en que la sociedad educa a las mujeres y a los hombres, la cultura patriarcal que solo reconoce una identidad sexual, la del hombre. Entender lo que les ha pasado, lo que les está sucediendo es poder trabajar su cambio y las relaciones pueda establecer. Si una mujer coloca toda la responsabilidad de la relación en él, aumenta más su culpabilidad porque no hay cambio. Ella puede cambiar la forma de manejarse en otras relaciones, aprendiendo a expresar lo que siente, desde ella misma. Trabajar todos estos aspectos es una forma de romper el círculo y evitar la compulsión a la repetición.

Otro caso que os quería hablar, es de una mujer de cincuenta años. Después de aguantar a su marido alcohólico, violento verbalmente, describiendo su vida de pareja como un infierno, ha tomado la decisión de separarse. Actualmente su marido la amenaza verbalmente de matar alguna persona o de matarse. Las denuncias que ha presentado por estas amenazas no se las aceptan en comisaría. Ha puesto la demanda de separación y sabe que en cuanto le llegue, tendrá que salir corriendo de su casa. Su pudiéramos pensar el sistema social de otra forma, posiblemente sería más justo que ante las denuncias de una ciudadana, que paga sus impuestos, fuera escuchada y tenida en cuenta y llegar al entendimiento que el que necesita salir de la casa y ser atendido es el marido y no ella.

Y os comento este caso, porque cuando observo mi entorno social, percibo que se pone el mismo énfasis en lo malo que ellos son y en lo desgraciadas que son ellas. A ellos se les castiga un poco y a ellas se las protege. Este discurso me parece que no posibilita el cambio, ya que el sistema desde donde se sustenta, queda sin cuestionar.

Es una buena estrategia reivindicar casas de acogidas para mujeres, pero también lo estaría pedir centros para hombres que tienen graves problemas de contención de su agresividad, de su violencia. De su incapacidad de establecer relaciones de

respeto. No todas las mujeres quieren abandonar sus casas, sus vecinas, sus amigas. Sus referentes. Al que se descontrola, habrá que ayudarlo a manejarse en otro tipo de relación, en otro tipo de vínculos.

Agradezco a mis pacientes que, a través de compartir sus vidas conmigo, me estén ayudando a entender que pasa con la mía. Es un cuestionamiento desde la teoría y desde la vivencia. Intento comprender que pasa en las relaciones y la complejidad que hay en ellas.

Pero al colocarme en esa posición, me hace revisar diariamente como son mis relaciones en los otros grupos donde funciono. En los otros grupos de mujeres. Y lo que vivo, lo que a veces experimento me duele.

Llevaba unos días explicándole a mi amiga Pilar, todo el malestar que me estaba suponiendo las relaciones con diferentes grupos de trabajo con mujeres, desde diferentes instituciones, asociaciones. Todos desde un contexto ideológico feminista. Le explicaba que tenía que hacer una ponencia sobre la sumisión y que solo escribía lo mal que me sentía en esos diferentes grupos de trabajo. Le explicaba lo que había observado: 1. ocultación de información. 2. Falta de transparencia en las relaciones. 3. Favoritismo injustificado. 3. Falta de reconocimiento individual. 4. Apropiación de ideas. 5. Desvalorización al no reconocer que esa idea era tuya o de otra mujer. 6. Control. 7. Funcionamiento a escondidas. Ves maniobras pero todo es sutil. 8. Enjabonamientos en los que no entro y que al no hacerlo me aísla. 9. Falta de respeto al no considerar tus aptitudes porque sabes de un desacuerdo. Había más puntos. Ella me escuchaba con cariño y paciencia. Le hablaba de un malestar difuso, de una tristeza, de unas injusticias, de una exclusión, de un agotamiento, de un desánimo. De un no entender que pasaba. De que lo iba a dejar todo. Que me iba a encerrar en mi despacho donde no me sentía amenazada. Ella me dijo: "me hablas como cuando lo haces de las mujeres que sufren violencia de tu grupo de psicoterapia. Te sientas maltratada. Tu quieres al feminismo, la idea, el espacio y no entiendes porque te hacen daño, porque recibes ese aislamiento, porque las cosas no son como te gustaría que fueran. No te manejas bien. Al idealizar, estas también colocada en la distorsión. No puedes posicionarte, ni ubicarte desde ti misma. No puedes darte cuenta que estas colocada en unas relaciones basadas en el poder, en la dominación, en una lucha de que o estás conmigo o estas contra mí".

Me daba cuenta cuando intentaba poner un poco de orden a mis ideas que no le había hablado a Pilar de mi relación con otro grupo de mujeres que nos reunimos una vez al mes. Hace de ello dos y medio. El motivo del encuentro que nos unió es que somos mujeres, feministas, psicólogas y que queríamos entender algo más. Montse Guntín, Joyelin Guerrero, Fina Plá, Concep Garriga, yo misma, partimos de historias personales diferentes y marcos teóricos diferentes. Y pensaba que el motivo, la base de nuestra relación estaría basada en encontrarnos en nuestras diferencias y como mediamos con ellas. Es algo lento. No nos acabamos de atrever a mostrar claramente nuestras diferencias. Están y van surgiendo poco a poco. Intentamos, sin decirlo, darnos a cada una la

autoridad desde donde está colocada y desde donde esta viviendo. Queremos ser conscientes de todas nuestras capacidades emocionales. Cuanto más conozcamos, cuanto más sepamos de nuestro inconsciente, mejor nos sentiremos, mejor trabajaremos y mejor serán nuestras relaciones.

Tal vez estemos intentando llevar a la práctica con nuestra relación, lo que J. Benjamín dice:

“ La visión del reconocimiento entre sujetos iguales da origen a una nueva visión: la lógica de la paradoja, del mantenimiento de la tensión entre fuerzas contradictorias. Quizá la paradoja más decisiva sea la que plantean nuestras necesidades simultaneas de reconocimiento y de independencia: El hecho de que al otro/a sujeto está fuera de nuestro control y sin embargo lo necesitamos”.

Para finalizar os quería dar las gracias por vuestra presencia y vuestra atención. Haber pensado en todo lo que quería compartir con vosotras me ha ayudado a poder plantear que lo personal y lo social están interconectados y comprender que no puedo sofocar mis anhelos personales de reconocimiento, porque sino también estaría sofocando mi esperanza de transformación social: Al partir de mi misma, me posibilita pensar en mis relaciones desde otra perspectiva, me posibilita pensarme cómo siento lo que me rodea y poderlo expresar. Es la práctica que intento llevar con mis amigas, compañeras y pacientes. Es una práctica que intento practicar en mi vida cotidiana que abarca tanto lo personal, familiar, social, profesional.....

Córdoba, ocho de Diciembre dos mil

- (1) Remarco lo de grupo para mujeres que sufren violencia. Atribuirles la identidad de mujeres maltratas, mujeres víctimas de violencia, es como relegarlas a no tener más identidad que maltratadas o víctimas.
- (2) En los grupos tanto de reflexión, como de psicoterapia, trabajo el concepto de género. Compartiendo con Clara Coria la afirmación de que la conciencia de género es algo a lo que se llega y no de lo cual se parte.

Bibliografía mencionada:

- Miller, Alice.1998: Por tu propio bien. Raíces de la violencia en la educación del niño. Tusquets-editores.
- Benjamín, Jessica.1996 :Los lazos del amor. Psicoanálisis, feminismo y el problema de la dominación. Paidós.

